

Pareciera que en este mundo pegajoso y desigual es mucho más fácil ser infeliz que feliz. Para hundirse en la amargura basta con dejarse arrastrar por el riachuelo mustio de la frustración y las contrariedades, abatirse ante el vendaval trágico de las desgracias: simplemente no hay que hacer nada, sólo cruzarse de brazos, aceptar que todo está de la chingada y no remediarlo, no cuestionarlo. Cuando la depre, por ejemplo, nos atrapa con sus brazos lentos y untuosos de gasterópodo triste, preferimos quedarnos tirados en la cama, lamentándonos de nuestra mala suerte, de la fealdad irremediable del planeta Tierra. ¡Qué difícil es hallar fuerzas para quitarse de encima las cobijas y dejarse calentar por el sol que, seguramente, durante el día más álgido de la desdicha, estará oculto tras nubes de lluvia heladas, negras y presagiosas, como en el mes de julio!

En la infelicidad uno no se plantea metas, no hace esfuerzos ni busca respuestas al contrario de la felicidad: cuando el mundo se está desmoronando o agriando (el gran mundo de afuera o nuestro pequeño y miope nicho de vida cotidiana) uno debe empeñarse en encontrar el escamoteado lado bueno de los fenómenos del existir (el pesimista duda que haya, por sorprendente que parezca, un lado bueno de todas-todas las cosas; al contrario del optimista, que siempre está dándole vuelta a la manzana podrida). Para estar contento uno debe resolver las fricciones con los amigos y los amores, hacer el esfuerzo vergonzante de pedir perdón y de perdonar. Para no estar eternamente enojados lo más probable es que uno precise de ayuda, desde la profesional hasta la amateur, pues es más sencillo quedarse callados, encerrados en el dolor, dejar la casa tirada, los traste sucios, ver pasearse a las cucarachas por el techo en lugar de ir tras ellas y sacarlas. Para estar a gusto uno tiene que aprender a quererse y tratarse bonito, al contrario de los que se odian y se maltratan a sí mismos, y se abandonan sin cepillarse los dientes en la noche, los que no



**LA DULCE VIDA
GRAN BRETAÑA,
2008**

Dir. Mike Leigh.
Con Sally Hawkins
y Alexis Zegerman



Por **Armando Vega-Gil***
www.myspace.com/armandovegagil

**permanencia
involuntaria**

La dulce vida

se cortan las uñas de las patas, ellos, los odiadores, no deben aprender nada y dejan que el olvido sepulte los recuerdos bellos y haga emerger los rencores, el recuento de las malas experiencias: eso es veneno. Los amadores siempre hacen memoria de los momentos alegres y no pelan las malas pasadas: eso es medicina.

Están los vividores y los *moridores*.

Tal es el caso de Poppy, la ligera protagonista de *La dulce vida*: ella es una mujer que ha decidido vivir feliz, o quizá algo más inverosímil, es feliz simple y llanamente. ¿Se puede decidir ser feliz? Ella es una mujer que le sonríe a la vida y que intenta hacer que la vida le sonría a todos. Y es que hay quienes pretenden sonreír de tiempo completo a la vida, y trazan en sus labios una sonrisa que se desmorona en la intimidad. Poppy no es de esas personas, ella simplemente sonríe porque la felicidad le brota por los poros. Pudiera parecer, a primera vista, que es una tonta, que no profundiza en los abismos del ser humano; sin embargo, Poppy mira de frente los desajustes que se le presentan en el gran teatro de la vida y los explora y trata de buscarles algún remedio, una explicación al menos. La infelicidad, el odio, el malestar tienen un origen, hay que encontrarlo y aliviar al contrariado, al desdichado. ¿Por qué nos parecen tontos los que sólo ríen y ríen, por qué no dejamos que nos abrumen e inunden con su estulticia alegre? Los amargados del mundo odian a los felices, los pesimistas detestan a los optimistas, no pueden contra ellos y los califican de estúpidos. Incluso uno mismo, como espectador de *La dulce vida*, no puede con tanta felicidad ajena, y se cuestiona: ¿cómo es posible mantenerse así? La felicidad permanente es agotadora para los que estamos acostumbrados a las malas pasadas, a los que nos gusta la mala vida.

Así, Poppy, en su liviandad casi inconsciente, nos enseña a comprender la inteligencia de la felicidad, su poder curativo. Aunque a veces hay tanta amargura en los otros, tanta desconfianza, que la dicha se da de frente contra estos *moridores* que odian el mundo, estos seres que se vuelven enemigos de la vida. A veces no se puede contra ellos y hay que evitarlos, darles la vuelta, abandonarlos a su mala suerte. La severidad, la amargura, la solemnidad no es sinónimo de inteligencia, de sabiduría; en el odio y la mala onda habita, más que en la estulticia feliz, una idiotéz salvaje, brutal.

La risa alivia, las rabietas enferman, no hay mayor ciencia. ¿Estamos dispuestos a curarnos de cuerpo y alma?

Poppy nos demuestra que la felicidad es una manera de amar, y que el amor debe ser feliz. ¿Estamos dispuestos a abrazar el milagro de la vida buscando la felicidad o nos abandonamos al enojo contra la vida? Vaya disyuntiva. ¶

*Músico, cineasta y escritor. Es fundador de Botellita de Jerez y conductor de *Radio Cinema Paradiso* en Código DF, estación de radio por internet